

PRESENTACIÓN

Los textos cronísticos son indispensables para la aproximación y el entendimiento del camino léxico recorrido por la lengua española desde 1592 hasta nuestros días. El aporte que estos singulares documentos, entre diarios de guerras de conquista y novelas caballerescas, dan al conocimiento de la realidad lingüística americana es insustituible. Y no sólo nos estamos refiriendo al testimonio de las primeras entradas de indigenismos en el español o a la adaptación de las conocidas carcasas léxicas a nuevos significados —aunque principalmente a ello—, sino también a la propia actitud de los colonizadores, haciendo suyo este joven lenguaje aindiado y a su expansión por los territorios colonizados. Palabras que han pervivido en diferentes zonas hispanoamericanas y también en España o en otras lenguas europeas.

La obra de los cronistas ha despertado siempre fascinación entre filólogos y ajenos interesados. La fabulación, más o menos intencionada, con la que estos soldados-historiadores-sacerdotes narran la gesta de la incursión y el encuentro y describen la realidad que los inunda es, cuanto menos, conmovedora. En lo que a la lengua se refiere, las Crónicas de Indias documentan de manera excepcional el surgimiento de un nuevo español, imposibilitado de mantenerse impermeable al acoso léxico que imponía una realidad muy nueva y exuberante. Ello las convierte en joyas filológicas siempre recurrentes.

Sin lugar a dudas, el léxico indígena de las Crónicas es muy atractivo y a él se han dedicado, por autor y por palabras, importantes trabajos filológicos. Menos estudiados han sido los americanismos (no indígenas), quizás porque es difícil distinguir cuándo un término patrimonial —sobre todo aquellos en los que el cronista no pone ninguna anotación explicativa— está o no usado con una nueva carga semántica.

También es cierto que ha habido autores más favorecidos que otros por los estudiosos, o por lo menos que han despertado mayor interés. Fray Bartolomé de las Casas no ha tenido, en nuestra opinión, demasiado éxito entre

los filólogos, pero sí entre los historiadores¹. No obstante, Ruiz Tello (1974) hace un interesante estudio de la terminología náutica de la *Historia de las Indias*, y Contreras Oyarzún² dedica su tesis doctoral a trabajar el léxico americano de la *Apologética*. Esta, digamos que, apatía hacia Las Casas está justificada por su polémica obra, llena de exacerbaciones, narraciones escalofrantes de abusos a los indios, denuncias irritadas..., por su protagonismo como instigador de la leyenda negra española. Duros artículos dedicados al fraile de prestigiosas figuras de la Filología hispánica como Menéndez Pidal³ no propiciaron precisamente el prestigio de su obra.

La veracidad de los hechos históricos que narra la *Historia de las Indias* es todavía un tema discutible y cuenta con una amplia bibliografía que lo atestigua. Sin ánimo de detenernos en este aspecto, sí queremos reclamar que esa posible desconfianza no debe trasladarse a la información filológica de la obra. Si Las Casas pudo falsear o no los sucesos que narra, no nos toca a nosotros demostrarlo en este trabajo. El tiempo que lo separaba de ellos durante los años que estuvo escribiendo la obra podía haber contribuido a darle impunidad histórica; ahora bien, este mecanismo opera de manera contraria en cuanto a la información lingüística. Cada día eran más y mayores los conocimientos que se tenían de las lenguas indígenas americanas, por lo que no creemos que el autor tuviera ningún interés en alterar la realidad lingüística.

Salvada cualquier tipo de aprehensión, nos dedicamos en este libro a estudiar los indigenismos en la obra más importante de Las Casas, la *Historia de las Indias*⁴. Dejando de un lado el plano histórico y centrándonos en el lingüístico, la *Historia* es una pieza importante en el estudio del español en América. Muchas son las razones que pueden aducirse, primero biográficas:

¹ 849 títulos relaciona Hanke (Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández, *Bartolomé de las Casas 1474-1566, Bibliografía crítica y cuerpo de materiales para el estudio de su vida, escritos, actuación y polémicas que suscitaron durante cuatro siglos*, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1954.). que estudian la personalidad del fraile dominico y sus obras. Raymond Marcus, de la Universidad de París-Vicennes, continúa la lista hasta 1968. Edmundo O' Gorman (1967) inserta un catálogo (Apéndice III, cap. CIX-CXXI) de bibliografía pasiva en su edición de la *Apologética* historia.

² Constantino Contreras Oyarzún, *Visión de América en el léxico de la "Apologética" del padre Las Casas*, Tesis doctoral, Madrid, Servicio de Reprografía de la Universidad Complutense, 1984.

³ Ramón Menéndez Pidal, *El Padre Las Casas. Su doble personalidad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1963.

⁴ Ya en 1984, Constantino Contreras Oyarzún había trabajado desde el punto de vista del léxico americano la *Apologética* historia sumaria (*Apologética*), sólo quedaban la *Historia de las Indias* (*Historia*) y la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (*Brevísima relación*) por ser atendidas. Nuestro interés siempre estuvo inclinado por la segunda (*Historia*) por ser la más extensa y, al parecer, sustanciosa de las dos restantes.

su autor tuvo una larga experiencia americana —vivió desde 1502 hasta 1547, con algunos intervalos peninsulares, en América— y participó u oyó de testigos los acontecimientos a los que se refiere. La propia actitud de Las Casas, respetuosa e interesada, hacia el mundo escenario de los hechos que narra, le permite muy interesantes observaciones y un cuidado especial al referirse a la cultura de los indios y su lengua. Parece cierto que no conoció ninguna de las lenguas amerindias, pero siempre estuvo vinculado a quienes sí eran verdaderas autoridades en el tema, los evangelizadores dominicos y franciscanos. Además, cronológicamente la obra abarca un importantísimo período en la formación del español americano (1492-1520), es decir, la etapa antillana; para su elaboración Las Casas utilizó todo tipo de fuentes (*crónicas, informes, cartas, memoriales*) que provenían de hombres que habían sido participantes de los hechos que comentaban, muchos de ellos frailes. La obra fue atenta y largamente revisada por el autor —la comenzó a escribir en 1527 y todavía a su muerte (1564?) no había concluido la última revisión—, por lo que no se puede argumentar que los datos puedan ser descuidados o apresurados, ni sus comentarios sobre el léxico indígena. También encontramos interesantísimos apuntes sobre la vigencia de determinados indigenismos. Tampoco debemos perder de vista un dato de la personalidad del autor, Las Casas se nos desvela como un atento oyente; sus anotaciones respecto de la acentuación y sonidos de las palabras indígenas no son nada desdeñables. En general, su visión del mundo americano es profunda, abnegada y consciente.

De todas las ediciones de la obra, la que satisfizo nuestras exigencias fue la de Agustín Millares Carlo. Presentación cuidadosa, basada en el estudio paleográfico del manuscrito autógrafo de Las Casas⁵. En esta edición aparecen todas las correcciones autógrafas del autor, sus adiciones, llamadas y notas en los márgenes.

En el estudio de los indigenismos de la *Historia*, Las Casas se nos muestra como un fiable, atento observador-oyente a la hora de reproducir y acentuar los indigenismos, de acotar significados. Los términos indígenas son adoptados de manera progresiva, despojándose de las glosas explicativas muy prontamente (*cacique, canoa, maíz...*). Después algunos sufren etapas de adaptación. Los tainismos, que por los estudios consultados podrían tener mayor simplicidad fonética, permanecen casi intactos (*aje, bejuco...*); otros, como los nahuatlismos, transformaron sus combinaciones consonánticas totalmente ajenas al español (*tzapotl* > *zapote*). Manuel Alvar⁶ nos habla de

⁵ Biblioteca Nacional de Madrid, Sección de Manuscritos, signaturas Res 21 a 23.

⁶ Manuel Alvar, "El español de las dos orillas", Colecciones *MAFRE* 1492, Madrid, MAPFRE, 1991, pág. 43.

estos procesos en Las Casas: “el dominico nos facilita un bello espécimen del género: descripción minuciosa, comparación con las cosas de Castilla, intuición para relacionar y, al fin, el nombre indígena”. La descripción detallada y precisa; la explicación mayoritariamente comparativa; la tan socorrida duplicación del vocabulario; la traducción muy directa, pero escasa; la etimología, referida sólo a nombres propios y, en un solo caso, a otra palabra (*turey*) y, por último, la asimilación o adaptación morfológica a las concordancias sintácticas y derivaciones del español.

El interés humanista y naturalista por la realidad del indio americano de Las Casas se evidencia en la atención y el cuidado que prestó a una aportación tan importante: el léxico indígena. Ténganse en cuenta sus enormes esfuerzos, puesto que en realidad no conoció profundamente —ni muchos menos habló— ninguna lengua indígena. Su interesada postura se fundamenta en reconocerles a las lenguas de los indios americanos el derecho y la dignidad de ser estudiadas, como el latín o cualquier otra “lengua de cultura”. A pesar de sus abusadas hipérboles y afirmaciones históricas desmedidas, debemos buscar precisamente en la postura de Bartolomé de Las Casas ante los indoamericanismos su visión objetiva del Nuevo Mundo.

Es absolutamente injustificado plantear, como lo hace Ronald Hilton⁷, que Las Casas no entendía la complejidad ni la importancia de las lenguas indígenas. Claro está que no debemos pedir imposibles, Las Casas no era un hombre con inquietudes lingüísticas ni se dedicó directamente a la actividad evangelizadora de los indígenas. No obstante, nuestro dominico evalúa en su acertada posición cultural la trascendencia de estos indigenismos. Las Casas utilizó precisamente este medio para exponer la realidad americana. Sabía que el conocimiento de estas lenguas era una pieza clave en el entendimiento y aprehensión del cosmos americano. Varias son las alusiones a la belleza y suavidad de las lenguas, y se encargó de resaltar la dignidad de su estudio. Defendió que la extrañeza de su lenguaje, calificado de “bárbaro”, era también aplicable al castellano, sólo si nos colocábamos en el punto de vista del indio.

Las Casas tiene su atención puesta en tres escenarios, el antillano, el azteca y el peruano. La Española es el punto de mira y lugar común de la *Historia de las Indias*. Los restantes son aludidos como referencias cuando localizan acontecimientos narrados. Debemos entender que el propio marco temporal de su obra (1492-1520) no permite mayores desplazamientos. Además, Las Antillas eran el escenario más importante del momento; allí estaban los principales asentamientos de colonizadores, de allí salían las expedi-

⁷ Ronald Hilton, “El Padre Las Casas, el castellano y las lenguas indígenas”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 331, enero, 1978, págs. 123-128.

ciones para Tierra Firme, allí se recibían y partían las naves que comunicaban España con sus nuevas colonias. La propia experiencia de nuestro fraile se había conformado en Las Antillas. Cuba y Santo Domingo vivieron su evolución ideológica de soldado y encomendero a defensor de los indios y habían visto nacer sus principales obras. A la protección de los nativos Las Casas dirige fundamentalmente su activismo social, por la especial crueldad que allí había desarrollado la conquista y colonización. Todas estas circunstancias personales condicionan que su contacto con lo americano tenga un sello antillano, he ahí el interés de sus indoamericanismos léxicos del taíno o arahuaco insular y su importancia dentro de la obra en comparación con los indigenismos de otra filiación. Términos aztecas, mayas, tupí-guaraníes y chibchas deben su aparición, más que a una observación y contacto directo, a la amplia base documental con que contaba nuestro fraile.

Los indigenismos de la *Historia* son el objetivo central del trabajo que hoy presentamos⁸. Aparecen ordenados alfabéticamente y definidos de acuerdo con la aplicación contextual que les da el dominico. Seleccionamos los ejemplos, que en la mayoría de los casos eran más de los que habíamos fijado como máximo (5 ocurrencias) para ser citados en cada caso, aplicando el criterio de relevancia y significación. Hemos comentado su procedencia o filiación, su transformación de significado, así como su progresión en el español. Estos cerca de 90 términos demuestran la trascendencia de una obra injustamente relegada del interés filológico.

⁸ En léxico americano no indígena de la *Historia* puede ser consultado en Andión (M.^a Antonieta Andión Herrero, *Americanismos (no indígenas) en la Historia de las Indias de fray Bartolomé de las Casas*, Colección Aula Abierta, Ed. UNED, 2002).